

CARLOS VÉJAR LACAVE

CEREBROS  
TELEDIRIGIDOS

LA CONDUCTA, expresión de la personalidad humana, está dirigida por impulsos interiores a menudo condicionados por la influencia del medio. Por medio de ella reaccionamos a los estímulos que hieren el ser y señalamos a los demás cual es la esencia de nuestro carácter. Por eso juzgamos al prójimo según su comportamiento.

La evaluación de nuestra actitud vital varía desde aquellos que piensan que nuestro albedrío es el supremo rector de nuestros actos, hasta aquellos que por el contrario opinan que son los fenómenos externos los que dictan nuestra manera de ser. En el primer caso el hombre alcanza una alta jerarquía; en el segundo es juguete de las circunstancias, esquife a la deriva que sigue las vicisitudes de la corriente de la vida.

Los neurofisiólogos han encontrado diversos centros de la conducta en el cerebro de diversos animales y por medio de electrodos introducidos en lugares específicos, logran ordenar actuaciones diversas. Hemos contemplado una película que mostraba un toro de lidia recibiendo instrucciones del torero por medio de un aparato transmisor de radio; y así contemplábamos como embestia o se retiraba a voluntad de este último. Es un procedimiento que naturalmente salva la vida del matador en momentos comprometidos, pero acaba también con el arte de Cúchares.

Mas estas instrucciones que condicionan una conducta determinada, —pensamos nosotros— no solo existen para el mono antropoide, el conejo y el ratón, sino que son visibles también para el hombre. Imaginamos entonces que los electrodos que se introducen en el cerebro están representados en el símil humano por los canales de publicidad de

la prensa, la radio y la televisión; las órdenes están elaboradas por los dirigentes de la industria, el comercio y la política, y el pueblo representa el gran toro, un tanto ciego y un tanto violento, que se dispone a embestir o a retirarse según reciba los comunicados del núcleo rector de la conducta popular.

Casi se antoja hacer un sainete con estas situaciones, si no estuviera siempre presente la tragedia y el desajuste social y económico que nuestro mundo padece. ¿No acaso fue este el mecanismo que actuó durante el hitlerismo, al través de los hilos visibles e invisibles hasta conducirlos fatalmente a la gran conflagración?

El avance de la técnica coloca cada vez más a los muchos a merced de los pocos; los magnates del dinero y del poder tienen influencia definitiva para sugerir la conducta de multitudes humanas y lo hacen buscando primordialmente el provecho propio, no el ajeno, a pesar de saber que muchos de sus procedimientos son en perjuicio de la economía o de la moral del hombre. Díganlo si no el Cine y la Televisión, cuyos programas han provocado en parte la depreciación de valores tradicionales a la humanidad.

Las autoridades deberían tomar entre sus manos este problema, importante como ninguno, ya que es el que va a estructurar nuestro futuro. Difundir lo que es acorde a la realidad nuestra mas poniendo énfasis en los hechos positivos, prohibir lo que es nocivo, especialmente a la juventud; elaborar programas de acción adecuados a nuestro ambiente, es obligación que no puede soslayarse más.

Esperemos una campaña educativa al respecto, que sean convocados sabios, filósofos y maestros y que se dé al pueblo un concepto de nuestra vida y de nuestro tiempo que guarde el ritmo del latido mexicano.

Proceder de otra manera, conservar el estado actual es sembrar de espinas el camino que mañana tendremos que recorrer.